**II Congreso Latinoamericano de Teoría Social y Teoría Política**

“Horizontes y dilemas del pensamiento contemporáneo en el sur global”

Buenos Aires, 2 al 4 de Agosto de 2017

 MESA 7 Teoría social y economía: problemas clásicos, actualizaciones contemporáneas

Microfísica del poder económico – un aporte post-estructuralista a los problemas tradicionales de la economía política.

Nicolás Dvoskin

CEIL-CONICET, Universidad Nacional de Moreno y Sociedad de Economía Crítica

ndvoskin@ceil-conicet.gob.ar / ndvoskin@gmail.com

Resumen

En el presente trabajo pretendemos explorar la posibilidad de introducir las categorías analíticas de Michel Foucault -especialmente aquellas presentadas en la *Historia de la sexualidad* y en la *Microfísica del poder*- y los análisis de la sociedad contemporánea que han realizado, en paralelo y con diversos puntos en común, Gilles Deleuze en trabajos como *Posdata sobre las sociedades de control* o El *Anti-Edipo* (con Félix Guattari)- y el propio Michel Foucault -principalmente aquellos recopilados en *Defender la sociedad* y *Nacimiento de la biopolítica*- como herramientas que hagan un aporte a la teoría económica. En este sentido, en este trabajo se pretenderá hacer una lectura foucaultiana / deleuziana de las teorías económicas que actualmente rigen el pensamiento académico (estilizadamente tomaremos al marginalismo y al marxismo), partiendo de la premisa de que toda teoría económica constituye sus leyes a partir de la idealización de un modelo de sociedad. En este sentido, así como el herramental teórico de Foucault nos será útil para analizar el discurso neoclásico y el discurso marxista, lo que Foucault y Deleuze han llamado sociedad biopolítica y sociedad de control respectivamente puede ser tomado como una nueva descripción social que opere como punto de partida de una renovada teoría económica.

**1. Presentación del trabajo**

En el presente trabajo pretendemos explorar la posibilidad de introducir las categorías analíticas de Michel Foucault –especialmente aquellas presentadas en la *Historia de la sexualidad* y en la *Microfísica del poder*- y los análisis de la sociedad contemporánea que han realizado, en paralelo y con diversos puntos en común, Gilles Deleuze –en trabajos como *Posdata sobre las sociedades de control* o *El Anti-Edipo* (con Félix Guattari)- y el propio Michel Foucault –principalmente aquellos recopilados en *Defender la sociedad* y *Nacimiento de la biopolítica*- como herramientas que hagan un aporte a la teoría económica.

En este sentido, en este trabajo se pretenderá hacer una lectura foucaultiana / deleuziana de las teorías económicas que actualmente rigen el pensamiento académico (estilizadamente tomaremos al marginalismo y al marxismo), partiendo de la premisa de que toda teoría económica constituye sus leyes a partir de la idealización de un modelo de sociedad. En este sentido, así como el herramental teórico de Foucault nos será útil para analizar el discurso neoclásico y el discurso marxista, lo que Foucault y Deleuze han llamado “sociedad biopolítica” y “sociedad de control” respectivamente puede ser tomado como una nueva descripción social que opere como punto de partida de una renovada teoría económica.

En términos más estrictos, presentamos en este trabajo como objetivo general el indagar acerca de las categorías discursivas y de los supuestos de organización social de la teoría económica, para lo cual nos valdremos, claramente, de los aportes de Foucault y Deleuze. Nuestros objetivos específicos serán, entonces, a) hacer una lectura foucaultiana de los corpus teóricos marginalista y marxista, b) explorar la posibilidad de incorporar los análisis de Foucault y Deleuze de la contemporaneidad –estilizadamente, el último cuarto del siglo XX y lo que hemos recorrido del siglo XXI- al campo de las leyes económicas y c) indagar en la relación conceptual entre economía y poder, tanto en el campo de las tácticas micro como en el de las estrategias macro, siguiendo, nuevamente, la conceptualización de Michel Foucault.

En línea con esta delimitación por objetivos específicos es que está organizado el presente trabajo. En el segundo acápite, “La soberanía neoclásica”, nos proponemos analizar el discurso de la teoría neoclásica, que en la óptica foucaultiana es fácilmente identificable con el discurso jurídico-político y, por qué no, con las concepciones de organización social presentes en la sociedad de soberanía –especialmente en el resguardo del mundo privado-. Por supuesto, el juego de palabras se vuelve evidente, en la medida en que podemos preguntarnos tanto por el discurso de la soberanía en la teoría neoclásica como por la soberanía académica que configura al marginalismo como ortodoxia a nivel mundial en materia de teoría económica. En este sentido, también serán juegos de poder los que posicionen a una teoría particular en una posición de privilegio. El tercer acápite, que completa el primer objetivo específico, se titula “La disciplina marxista”, y en analogía con el apartado anterior se propone identificar el discurso marxista con la categorización social presente en las sociedades disciplinarias. Aquí el ejercicio será mucho más arduo que en el caso anterior, principalmente porque el marxismo conserva algunas categorías de verticalidad del poder que remiten al discurso jurídico-político mientras que también es heredero del discurso económico-político que inaugura Adam Smith.

El cuarto y quinto acápites, “Asegurar la producción” y “Controlar el mercado” vuelven sobre el segundo de nuestros objetivos específicos. Se trata de incorporar las categorías de análisis de Foucault y Deleuze sobre la contemporaneidad. En el primero de ellos tendrá mayor peso específico la obra de Foucault –en tanto se seguirá la premisa de la disciplina como condición del capitalismo (Foucault; 2003:170)-, y de allí el verbo *asegurar* y en el segundo primará la obra de Deleuze –principalmente desde los análisis sobre el sentido común y la mediatización-, y de allí el verbo *controlar*. Producción y mercado, entonces, pueden ser repensados en lo social desde la égida de Foucault y Deleuze y, consecuentemente, replantearse en lo económico.

El sexto y séptimo apartado giran sobre el último de nuestros objetivos específicos. De lo que se trata en ellos es, a la luz de los desarrollos teóricos previos, de volver sobre la relación entre poder y economía o, en otras palabras, repensar las relaciones económicas como relaciones de poder. En este sentido, en el primero de ellos “Microfísica vs. Microeconomía” nos proponemos indagar acerca de las relaciones microfísicas de poder en las relaciones económicas en oposición a la preeminencia del individuo que caracteriza al momento *micro* de la teoría económica actual. En el segundo, “Macropoderes vs. Macroeconomía”, comparamos las estrategias globales del poder con las premisas del comportamiento agregado que supone el momento *macro* en la economía tradicional.

Por último, en las conclusiones hacemos un balance del trabajo presentado y, sobre todo, nos proponemos lanzar interrogantes hacia el futuro, dado que, al fin y al cabo, este trabajo es puramente exploratorio.

Sintéticamente, entonces, podemos plantear la pregunta-problema que guiará los renglones de este trabajo de la siguiente manera: ¿Qué tienen para aportar Michel Foucault y Gilles Deleuze en el campo de la teoría económica? Esta pregunta, claramente, puede ser invertida: ¿Qué tenemos para aprender los economistas de la obra de Michel Foucault y Gilles Deleuze?

**2. La soberanía neoclásica**

La teoría económica neoclásica o marginalista ha estado en el centro de la escena del pensamiento económico desde la publicación de los *Principios de economía* de Alfred Marshall en 1890. Desde entonces, su desarrollo teórico ha ido más en línea con la expansión y matematización del corpus marshalliano que con la discusión de sus fundamentos internamente. En este sentido, y aun reconociendo las importantes diferencias entre el marginalismo anglosajón –o neoclásico- y el austríaco, citar a Marshall, a Friedrich von Hayek, a Milton Friedman o a los manuales de microeconomía con los que se enseña la teoría neoclásica en casi todas las universidades del mundo no parece presentar mucha diferencia en términos teóricos. En este sentido, idealizaremos la teoría neoclásica como la combinación de los fundamentos económicos expuestos por Marshall en sus *Principios* y las prerrogativas sociopolíticas que aparecen en *Camino de servidumbre*, de von Hayek, publicado en 1944.

Buceando en la argumentación teórica de Marshall, encontramos que define a la economía como el proceso de síntesis de dos fuerzas opuestas: “las que impelen al hombre a ejercer esfuerzos y sacrificios económicos, y las que le retraen de ello” (Marshall; 1948:270). Este simple enunciado es un puntapié idóneo para analizar al marginalismo desde la óptica de Michel Foucault, en tanto expone las categorías tendenciales en términos de fuerzas que definen el proceso económico. En este sentido, las fuerzas marshallianas tienen un origen individual, y la composición social surge de la mera agregación -por no decir suma- de las fuerzas individuales.

Un componente central de la teoría económica marginalista es el presupuesto de la propiedad individual. Nos referimos tanto a la propiedad de los bienes –devenidos en mercancías- como de la capacidad de decisión. En este sentido, así como Foucault afirma que la concepción jurídica o liberal del poder político cae en el economismo en tanto puede ser poseído, transferido o enajenado (Foucault; 2000:26), podemos invertir la analogía y proponer que las caracterizaciones del poder en el discurso liberal pueden extenderse hacia las relaciones económicas, que, en la perspectiva que estamos incorporando, son un tipo de relación de poder. Así como Foucault afirma, en relación al discurso jurídico-liberal, que “la constitución del poder político se hace, entonces, según el modelo de una operación jurídica que sería del orden del intercambio contractual” (Foucault; 2000:26), y se propone criticar esta noción de poder, entendiendo que este “no se da, ni se intercambia, ni se retoma” (Foucault; 2000:27) podemos aplicar el mismo criterio y criticar la noción del intercambio contractual como base de las relaciones económicas, un supuesto básico de la teoría neoclásica. Cabe aclarar que no estamos afirmando que las relaciones económicas carecen del proceso de intercambio, sino que es necesario replantearse –o al menos preguntarse por- la idea de que este intercambio entre hombres libres sea el cimiento de la economía. Por otro lado, esta propiedad del poder de decisión constituye una des-historización de la sociedad, en la medida en que la ilustración kantiana, definida por Foucault en el ensayo titulado *¿Qué es la ilustración?* como “el momento en que la humanidad va a hacer uso de la propia razón, sin someterse a ninguna autoridad” (Foucault; 1999:340), se constituye en el marginalismo como un momento eterno y necesario.

Surge entonces la primera de nuestras hipótesis de trabajo, que es la de la identificación de la teoría neoclásica con el discurso jurídico-político que propone una referencia estilizada a la sociedad de soberanía. Este discurso consiste en lo que Foucault llama *privilegio de la ley* (Foucault; 2003:124), donde el poder es entendido como la facultad de establecer reglas que limiten –y castiguen en caso de incumplimiento- el accionar del otro. En la concepción neoclásica, más allá del ejemplo más paradigmático que refiere al entendimiento del Estado como un ente externo que limita, y que se sintetiza en la afirmación de von Hayek según la cual, en línea con el énfasis en las fuerzas que realizara Marshall, “cualquier intento de intervenir…priva a la competencia de su facultad para realizar una efectiva coordinación de los esfuerzos individuales” (von Hayek; 1947:38), siempre las normas aparecen como reglamentaciones concientes a las que los hombres –naturalmente libres- están sujetos externamente. Como afirma Foucault, “en esa época, el principio del derecho equilibraba la razón de Estado por medio de un principio externo” (Foucault; 2007:29). Ciertamente, y como introduciremos con mayor precisión más adelante, Foucault se propone “orientarse hacia una concepción del poder que reemplaza el privilegio de la ley por el punto de vista del objetivo” (Foucault; 2003:124).

En cuanto a la principal preocupación de este trabajo, que refiere a la incorporación de las categorías post-estructuralistas en la teoría económica, bien vale un comentario acerca de la teoría neoclásica de la distribución. Para el marginalismo, la distribución se corresponde con la contribución marginal de cada sujeto al proceso productivo. De esta manera, salario y ganancia son equivalentes a productividades marginales del trabajo y del capital respectivamente. En línea con nuestro desarrollo, podríamos interpretarlo como que cada quién se lleva lo que ha aportado. El pasaje del *lo que ha aportado* al *lo que le corresponde* y luego al *lo que es derecho suyo* es instantáneo. Como vemos, igualdad entre productividad y retribución es una extensión del discurso de preeminencia del derecho, y caería el primero de socavarse el segundo.

La pregunta que surge ahora, entonces, participa de la interconexión entre nuestro primer y segundo objetivo específico. Se trata de indagar acerca del tipo de sociedad que la teoría neoclásica ha supuesto a la hora de formular sus leyes económicas. Ya propusimos que la teoría marginalista se comprende dentro del discurso jurídico-político, y mostramos cómo Foucault rastrea el origen de este en la sociedad de soberanía. Sin embargo, ¿está la teoría neoclásica pensando en ese tipo de sociedad? ¿O acaso se sugiere otro modelo, también deudor del discurso jurídico-político?

Claramente Foucault mismo ya ha respondido a esta pregunta al mostrar la recurrencia del discurso jurídico-político en aproximaciones teóricas que han pretendido explicar momentos históricos posteriores, como por ejemplo la distinción entre “el dominio de la gubernamentalidad posible y el dominio de la libertad fundamental” (Foucault; 2007:28) en Jeremy Bentham, justamente un autor del que la economía neoclásica es fuertemente deudora en términos de fundamentación filosófica. No es necesario tener en el imaginario la sociedad de soberanía –y por ende rechazar la existencia de las disciplinas-, sino que alcanza con interpretar a la sociedad de un modo en el que se recuperen las normativas de tal sociedad, pero en un contexto social distinto. Podemos plantear, entonces, que la economía neoclásica en su corriente más autonomista de las vicisitudes de la historia –excluimos parcialmente, entonces, a von Hayek y la escuela austríaca, más preocupada por el devenir histórico- presupone una sociedad conformada por individuos racionales autónomos, que interactúan para beneficiarse mutuamente y se ven perjudicados por la penetración de fuerzas extra-económicas que establecen reglamentaciones. Este tipo de sociedad, haciendo una arriesgada afirmación antropológica, no ha existido nunca. Podríamos imaginar que se trata de la misma construcción que realizara Locke en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, o que se asemeja a la descripción de la sociedad norteamericana esbozada por Alexis de Tocqueville en *La democracia en América*. En cualquier caso, difícilmente se pueda argumentar en términos sociológicos que este modelo de sociedad es el que está presente en las sociedades occidentales del siglo XXI.

Para concluir, bien cabe una referencia al juego de palabras que introdujimos, respecto de este acápite, en la introducción del trabajo. *Soberanía neoclásica* también hace referencia al contexto político académico. Siguiendo nuevamente a Foucault, “poder y saber se articulan por cierto en el discurso” (Foucault; 2003:122). En este sentido, la preeminencia de un discurso académico por sobre el resto es una táctica de poder. Así como la teoría neoclásica se sostiene en el discurso propio de la soberanía, ejerce una soberanía en el campo de la construcción teórica.

**3. La disciplina marxista**

Identificar al marginalismo dentro de las categorizaciones de Foucault resultó relativamente sencillo en relación al análisis del marxismo. Esto se debe a que el anclaje teórico del marginalismo es mucho más estrecho. En el caso del marxismo –que, por su parte, carece de la propiedad de ser un discurso hegemónico en el campo académico- veremos que se reproducen ciertas categorías asignables al discurso jurídico-político (especialmente en las concepciones del poder) mientras que, en gran medida, la concepción social se construye desde las articulaciones de la sociedad disciplinaria.

Por otra parte, pensar en el marxismo como un corpus teórico homogéneo también presenta complicaciones. Así como Marx vivió en el siglo XIX y propuso una explicación de los determinantes de las relaciones sociales de entonces, partiendo del principio –no infundado sino históricamente desarrollado- de que “dentro de las mismas relaciones en las que se produce la riqueza, también se produce la miseria” (Marx; 2004:224), numerosos marxistas de los siglos XX y XXI han ido desarrollando el corpus teórico inaugurado por Marx, tanto en términos de expansión acumulativa del conocimiento como de reestructuración crítica de sus contenidos. Sin embargo, es sencillo notar que la categorización de la sociedad del capitalismo como un ámbito partido radicalmente entre burgueses y proletarios no ha sido puesta en cuestión. Cabe aclarar, de cualquier modo, que en la medida de lo posible nos estamos ciñendo a la teoría económica marxista, y no al marxismo en general (así como antes tratábamos de la teoría económica neoclásica, y no de sus semejantes en otras esferas).

¿En qué medida el marxismo es deudor del discurso jurídico-político? Pues bien, ciertamente no lo es en términos de su articulación social general –en la medida en que las relaciones de propiedad y de derecho son emergentes jurídicos condicionados por la estructura material de la sociedad-. Sin embargo, como afirmamos hace algunas líneas, sí lo es en tanto construye una concepción vertical del poder. El propio Foucault afirma que en el marxismo “tenemos algo…que podríamos llamar funcionalidad económica del poder…en la medida en que el papel del poder consistiría, en esencia, en mantener relaciones de producción y, a la vez, prorrogar una dominación de clase que el desarrollo y las modalidades características de la apropiación de las fuerzas productivas hicieron posible” (Foucault; 2000:27). En este sentido, marxismo y liberalismo comparten el mote de economicismos. En este caso, la apropiación del valor vuelve a poner en juego al poder como mecanismo vertical posesivo. Sin embargo, aquí no es válido el procedimiento de inversión de la analogía que ejercitamos en el acápite anterior, en la medida en que así como para la teoría neoclásica todas las relaciones sociales son análogas –y por ende sus jerarquías pueden invertirse sanamente-, en el marxismo claramente hay una preeminencia de las relaciones económicas sobre las relaciones políticas, con lo que un economicismo del poder no puede pensarse como un *politicismo* de la economía al mismo tiempo.

Ahora bien, también podríamos preguntarnos si algún elemento del marxismo sería susceptible de ser catalogado dentro del discurso histórico-político que Foucault sitúa como característico de la primera modernidad. No se trata únicamente de mostrar vestigios de romanticismo en Marx –que sólo se hacen evidentes en las contadísimas ocasiones en que elabora atisbos de una sociedad postcapitalista-, sino ante todo de pensar en qué medida el marxismo puede pensarse en la lógica discursiva vencedores – vencidos. En este sentido, a diferencia del discurso jurídico-político, el histórico-político incorpora en su seno una lógica del conflicto, de la divergencia y además –como su nombre lo indica- desarrolla la dinámica política en perspectiva histórica, pero de historia real, no de historia conceptual como el discurso jurídico-político (aquí estamos pensando ante todo en el contractualismo inglés). Ciertamente el marxismo comparte estas categorías, mas la diferencia principal es que en el marxismo la divergencia no es universal y particularizada sino más bien particular y universalizada. Con esto queremos afirmar que así como en el discurso histórico-político, que construye la noción de Estado desde la categoría de nación, la divergencia entre pueblos es irremediable e inmemorial (universal) y se expresa en cada lugar como un conflicto particular, que tiende a establecer un mapa dividido (particularizada), en el marxismo la divergencia es histórica, y responde a cada momento del tiempo en función de sus determinantes estructurales (particular), y la tendencia es a la homogeneización sistémica, llevando a la cristalización de un único conflicto (universalizada).

Llegamos ahora al punto que da el título a este acápite: el entendimiento de la economía marxista en línea con las categorías de la sociedad disciplinaria. Esta sociedad, señala Foucault, desarrolla el poder desde el siglo XVII en base al entendimiento del cuerpo como máquina, constituyendo una anátomo-política del cuerpo individual (Foucault; 2003:168). El capitalismo, según Foucault, “no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción” (Foucault, 2003:170). De esta manera, el capitalismo puede pensarse como “la entrada de la vida en la historia” (Foucault; 2003:171). La pregunta, entonces, es la siguiente: ¿puede pensarse que la caracterización del proceso de producción capitalista presente en *El Capital* presuponga esta docilidad del cuerpo y este anátomo-poder? Ciertamente, muchos aspectos de la obra de Marx harían parecer que sí. Con esto no queremos afirmar que la disciplina foucaultiana haya sido retomada implícitamente de la teoría marxista, sino que en gran medida los supuestos sociales sobre los cuales Marx traza su teoría económica pueden asemejarse a lo que Foucault no dudó en describir como sociedad disciplinaria. Quizás podemos ilustrar este procedimiento analítico con dos ejemplos bastante claros.

El primero puede referirse a la normalización: así como para Marx el capital en tanto proceso se dispone homogeneizar el mundo en una única dicotomía entre capital y trabajo (Marx et al; 2004:23), el poder disciplinario, según Foucault, se propone una erradicación de la anormalidad, una normalización de cada aspecto de la sociedad, en tanto “lo que le compete es…todo lo que no se ajusta a la regla,…las desviaciones” (Foucault; 2006:184). Podríamos pensar, tejiendo un puente un tanto rugoso entre los dos autores, que parte del proceso de normalización disciplinario consiste, en términos sociales, no sólo en la preparación de las condiciones del capitalismo –como mostrábamos antes- sino en la paulatina erradicación de conductas vinculadas a tradiciones de producción diferentes a la lógica capital-trabajo. Este argumento se refuerza si seguimos la interpretación que hace de las disciplinas Deleuze, para quien en el texto de la *Historia de la sexualidad* “los dispositivos de poder no se contentan con ser normalizantes; ellos tienden a ser constituyentes” (Deleuze; 2009:181).

En segundo lugar, la caracterización del capital por Marx como una fuerza omnipresente, que se establece sobre el obrero aun bajo una pretendida igualdad (Marx; 2006:47), tiene fuertes rasgos disciplinarios. En la sociedad disciplinaria, según Foucault, opera una lógica de igualación desde la omnipresencia del poder. Más allá de que Marx hace hincapié en la igualdad como condición discursiva del modo de producción y que Foucault reconoce aspectos reales –en términos de efectiva normalización social-, en ambos casos encontramos una relación entre igualdad y omnipresencia.

Ahora bien, ¿qué nos puede aportar Foucault acerca de la teoría de la distribución en Marx? Simplificadamente, esta teoría sostiene que el salario se determina como el costo de reproducción social de la fuerza de trabajo (Marx; 2002:234), mientras que la ganancia surge como resultado de la extracción de valor producido socialmente por el trabajador, en tanto su costo de reproducción es menor al valor producido. Se trata de una lógica extractiva fundamentada en las relaciones de propiedad de los medios de producción y los productos del trabajo. En este sentido, la distribución en Marx estaría insertada parcialmente en las disciplinas (en tanto es consecuencia de un proceso de producción orientado por ellas) y parcialmente en el discurso jurídico-político (en tanto es la categoría de propiedad de los medios de producción –no ya de la contribución al producto- la que establece los patrones de distribución del ingreso).

Por último, cabe hacer un pequeñísimo comentario acerca del nuevo juego de palabras presentado: *la disciplina marxista* puede pensarse, además de su primera lectura ya desarrollada, como una interpretación de los teóricos de la economía marxista, que han obviado, disciplinadamente, referirse a la posibilidad de repensar el tipo de sociedad detrás de las leyes económicas. El discutir si esto se debe a un énfasis en tecnicismos económicos o a la reticencia involuntaria a su replanteo no será discutido aquí. En cualquier caso, bien vale hacernos la siguiente pregunta: ¿es el ambiente académico un espacio disciplinador de conductas? La respuesta de Foucault resultaría evidente.

**4. Asegurar la producción**

Entramos ahora en el terreno de nuestro segundo objetivo específico, aquel en el que nos proponemos explorar las posibilidades de incorporar las categorías posmodernas de Foucault y Deleuze a las discusiones conceptuales centrales de la economía política. Así como los dos acápites anteriores consistieron en un intento por leer al marxismo y al marginalismo en clave de Foucault, aquí inauguramos la propuesta de exploración propositiva: intentaremos abrir nuevos rumbos a la economía política a la luz de las lecturas de Foucault y de Deleuze.

Siguiendo la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx, la economía política consiste en un proceso de cuatro momentos: producción, distribución, circulación y consumo (Marx; 1986:9). Estos momentos se unifican en un círculo conceptual, en el cual, sin embargo, la producción funciona como el primero de ellos. Partiendo del entendimiento de la producción como un momento de transformación social de la materialidad, y no –como la entienden los neoclásicos- como una mera instancia individual previa a la verdadera instancia económica –el mercado-, intentaremos indagar en qué medida Foucault y Deleuze hacen aportes que nos permiten analizar el proceso de producción en las sociedades contemporáneas.

¿Cómo entiende Foucault a la producción? Pues bien, aquí Deleuze puede ayudarnos. En su libro *Foucault*, Deleuze expone que la producción –y también el mercado- es una institución construida por factores agentes de estratificación. Pero “las instituciones no son fuentes o esencias, no son esencia ni interioridad; son prácticas, mecanismos operatorios que no explican el poder, puesto que presuponen las relaciones y se contentan con fijarlas; su función es reproductora, no productora” (Deleuze; 2008:105). En este sentido, el momento de la producción expresa y estabiliza relaciones de poder. De este modo, preguntarnos por el momento de la producción en las sociedades contemporáneas implica necesariamente preguntarnos por las relaciones de poder que la producción, en tanto institución, tiende a fijar.

Titulamos este acápite *Asegurar la producción* en tanto intentamos hacer referencia a lo que Foucault define como sociedad de seguridad (o biopolítica). Ella constituye una adaptación del poder “a los fenómenos globales, los fenómenos de población, con los procesos biológicos y biosociológicos de las masas humanas” (Foucault; 2000:226). Entender la producción en este encuadre refuerza lo ya explicitado por Marx de que la producción debe entenderse en términos sociales, y no en términos de unidades individuales.

Para Marx el modo de producción, que pone en juego la relación entre relaciones sociales y fuerzas productivas, define la estructura social. En este sentido, “toda forma de producción engendra sus propias instituciones, su propia forma de gobierno, etc.” (Marx; 1986:8). Ciertamente, pensar, a la manera de la lectura de Deleuze sobre Foucault, que la producción es una institución que cristaliza relaciones de poder, implica no compartir esta afirmación marxiana. Sin embargo, Foucault y Deleuze tampoco abren la puerta a desechar toda pretensión materialista. Expresado de otro modo, la preocupación biopolítica puede pensarse como un cambio en el eje de lo material, donde deja de estar en el centro de la escena la relación social con la naturaleza –al igual que en el capitalismo para Marx- pero donde, en lugar de reemplazarse por un auto-centrismo de las propias relaciones sociales motorizado por la acumulación de capital, el centro es ocupado por la relación social con la vida.

De esta manera, el momento estrictamente económico de la producción, que, reiteramos, es necesariamente social, puede pensarse en clave biopolítica como una institución que cristaliza las relaciones de poder que se proponen configurar la supervivencia poblacional, en tanto, utilizando un lenguaje ordinario, para vivir hay que comer y para comer hay que producir. La diferencia con Marx radica, principalmente, en que lo que Marx observa como motorizado por el proceso de acumulación de capital, detrás del cual subyace una relación vertical de poder, en Foucault aparece en el orden de las estrategias globales-poblacionales. De esta manera, siguiendo lo que Foucault define como el discurso de la economía política, que “pone de manifiesto la existencia de fenómenos, procesos y regularidades que se producen necesariamente en función de mecanismos inteligibles” (Foucault; 2007:32) sobre los cuales las prácticas concretas pueden operar, pensar la producción biopolítica es preguntarse por la forma en que las relaciones de poder, múltiples e impersonales, configuran la distribución de las distintas producciones individuales.

En este sentido, si como economistas queremos explorar el campo de posibilidades que nos abre Foucault para repensar nuestra propia disciplina, será necesario que entendamos la producción de bienes en términos de las estrategias de distribución poblacional que se proponen reducir al mínimo las desviaciones. No se trata ya de pensar la producción en términos de una estrategia individual y perfectamente consciente de maximización de beneficios –marginalismo- ni de enmarcarla en el proceso social de acumulación de capital –marxismo- sino de pensarla en términos del doble juego que presenta Foucault: por un lado, el disciplinamiento de los cuerpos a la hora de producir; por el otro, las estrategias globales poblacionales de normalización social. Producir, entonces, es socialmente el momento donde se configuran las relaciones de poder que permiten asegurar la supervivencia poblacional. De este modo liberamos la restricción que aparecía en Marx –heredera de Ricardo- que consistía en entender el proceso de producción como el aseguro de la supervivencia del obrero, donde todo el excedente era apropiado por el capitalista. Aquí estamos ampliando la escala social: la producción permite reproducir a la sociedad toda, y la distribución del excedente circulará por múltiples caminos, en línea con las múltiples relaciones de poder.

**5. Controlar el mercado**

Si seguimos las conceptualizaciones tradicionales de la economía ortodoxa –en cualquiera de sus vertientes-, la producción es un momento de configuración de la oferta, que vendrá a cruzarse luego con la demanda, formando una equis que mostrará que el sistema se encuentra equilibrado. Pensar en el mercado, sin embargo, implica operar tanto en términos de oferta como en términos de demanda. *Controlar el mercado*, entonces, hace hincapié en la categorización de Gilles Deleuze de la contemporaneidad como sociedades de control, y principalmente en las formas en que la mediatización y la construcción de sentido común configuran el comportamiento social. En otras palabras, la *Posdata sobre las sociedades de control* de Deleuze nos permitirá volver a pensar los condicionamientos de la demanda al momento de encontrarse con una oferta que, parcialmente, ha sido explicitada en el acápite anterior y, también parcialmente, será desarrollada nuevamente aquí.

Quizás en busca de una reivindicación de Marx –o por lo menos apoyándose indudablemente en él-, Deleuze afirma que “el capitalismo del siglo XIX es de concentración, para la producción, y de propiedad” (Deleuze; 1991:3). Sin embargo, “en la situación actual, el capitalismo ya no se basa en la producción…ya no es un capitalismo para la producción, sino para el producto, es decir para la venta y para el mercado” (Deleuze; 1991:3). Una lectura posible, que propondremos aquí, es que el capitalismo del siglo XIX, descrito por Marx, encuentra su razón de ser en el momento de la producción; es allí claramente donde se genera y se apropia el excedente, y por ende donde nace su acumulación. En la segunda mitad del siglo XX y en el siglo XXI, en cambio, el capitalismo no se centra en la producción sino en el mercado, poniendo a este último en el centro de su proceso de acumulación. En este sentido, podemos pensar, quizás en una aseveración un tanto arriesgada, que ahora también en el mercado se apropian excedentes, y entonces la lógica dicotómica burguesía – proletariado (generalizada en la sociedad pero que nace de la situación en la producción) debe dejar lugar a otro tipo de lógica, que nazca desde –o, preferentemente, también desde- la posición social en el mercado.

Oferta y demanda en las sociedades de control, desde la mirada de Deleuze, pueden ser explicadas desde las categorías de empresa y marketing. La primera, siguiendo a Deleuze, “no cesa de introducir una rivalidad inexplicable como sana emulación, excelente motivación que opone a los individuos entre ellos” (Deleuze; 1991:2). Consiste en la destrucción de las rigideces dicotómicas que se constituían en la fábrica. La oposición entre individuos como estrategia de control social aparece entonces como novedad. En este sentido, el *Anti-Edipo* también parece ofrecernos una explicación. “Como Marx observa, en el inicio los capitalistas son necesariamente conscientes de la oposición entre capital y trabajo, y del uso de capital como medio para extraer plusvalor. Pero una palabra embrujada rápidamente aparece, en tanto el capital crecientemente juega el rol de una superficie grabadora que recae sobre toda la producción” (Deleuze et al; 2004:10). Esta palabra embrujada, esta superficie grabadora –que reproduce los mecanismos de acumulación-, constituyen, ya desde Marx, la pretensión de suprimir del imaginario la contradicción capital – trabajo. La contemporaneidad, entonces, refuerza esta tendencia al individualizar los roles y construir las oposiciones en términos individuales y no colectivos, o, en términos propiamente deleuzianos, al constituirnos en meras cifras.

Por el lado de la demanda, Deleuze afirma que “el marketing es ahora el instrumento de control social, y forma la raza impúdica de nuestros amos” (Deleuze, 1991:3). En tanto las estrategias empresarias toman al marketing como uno de sus pilares, necesariamente tenemos que entender al mercado como un espacio no sólo de realización de la plusvalía sino de real apropiación. Deleuze introduce aquí la categoría de *máquina deseante*, en tanto las estrategias de marketing constituyen a los individuos como tales, operando sobre los deseos y, por ende, construyendo una demanda de bienes y servicios acorde a sus propias pretensiones. De cualquier manera, este proceso no es eterno, sino que es principalmente característico de la contemporaneidad. Afirman Deleuze y Guattari que “ninguna máquina deseante puede establecerse sin demoler sectores sociales enteros…y ninguna sociedad puede tolerar una posición de deseo real sin que sus estructuras de explotación, servidumbre y jerarquía sean comprometidas” (Deleuze et al; 2004:116). En este sentido, la construcción de máquinas deseantes revoluciona las estructuras de dominación, y conducen a “la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen” (Deleuze; 1991:4). La operatoria del marketing sobre la demanda, entonces, configura un control social sobre el mercado que desestabiliza las demás estructuras y, necesariamente, toma un lugar central.

¿Qué es el mercado, entonces? Ciertamente, no es el ámbito natural de libre concurrencia en el cual los individuos ponen en juego su natural propensión al intercambio –marginalismo-, ni tampoco un espacio donde simplemente se realiza el plusvalor apropiado en el proceso de producción –marxismo- sino un ámbito real, no neutral, donde se ponen en juego relaciones de poder reales. Para no dejar a Foucault fuera del acápite, bien vale incorporar estas categorías. Podemos considerar, entonces, que en el mercado contemporáneo priman tácticas de poder como el marketing y las estrategias de empresa por sobre las estrategias de fábrica, que conjuntamente construyen, a la manera de Deleuze, máquinas deseantes y control social. El mercado, entonces, en la perspectiva teórica que intentamos proponer para el estudio de la economía, recupera su primacía, pero siempre teniendo en cuenta su rol activo, constitutivo y atravesado por relaciones de poder.

**6. Microfísica vs. Microeconomía**

Inauguramos aquí nuestro acercamiento al tercero de los objetivos específicos que nos habíamos propuesto: la exploración de un campo de análisis teórico que configure la relación entre economía y poder. La primera de las aproximaciones será en el espacio micro, intentando hacer una comparación que dé cuenta tanto de las tácticas microfísicas del poder de Foucault como de las fuerzas tendenciales que nos presentara Marshall. En otras palabras, se trata de volver sobre las consideraciones del segundo acápite, mas no desde la pregunta sobre qué discurso foucaultiano predomina en la teoría neoclásica sino recobrando el carácter propositivo: en qué medida “el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes transforma, refuerza e invierte” (Foucault; 2003:112) las relaciones de poder en tanto “matrices de transformaciones” (Foucault; 2003:121) puede proponerse como una superación crítica de las premisas del enfrentamiento entre egos racionales que supone la concurrencia neoclásica al mercado.

Para remontarnos al origen de esta discusión bien vale retrotraernos a una discusión originaria en la economía política. Afirma Adam Smith que “como afirma Hobbes, la riqueza es poder;…lo que confiere esa fortuna de forma directa e inmediata es poder de compra, un cierto mando sobre el trabajo, o sobre el producto del trabajo que se halle entonces en el mercado” (Smith; 2004:65). Esta crítica que formula Smith a Thomas Hobbes de confundir poder político con poder de compra está en el nacimiento de la economía como disciplina autónoma, aun cuando ambos toman como punto de partida al egoísmo como comportamiento natural del ser humano. El poder de compra y el poder político no serían, en la obra de Smith, dos formas de un mismo núcleo de poder sino más bien dos conceptos completamente distintos: uno es expresión de la propensión natural del individuo a intercambiar y el otro la expresión de un poder superior, vertical, en tanto en la estructura del conocimiento de Smith, presente en la *Teoría de los sentimientos morales*, la economía es una rama de la política. La teoría neoclásica se vale de esta distinción y la lleva a un extremo posiblemente indeseado por Smith: el poder de compra radica en relaciones de propiedad de dotaciones y es endógeno al sistema económico y el poder político opera desde fuera. Cuando se comporta correctamente, el poder político simplemente fija las reglas del juego, mas cuando se excede en sus funciones, como vimos anteriormente citando a von Hayek, distorsiona la paz mercantil.

La posición de Foucault ciertamente rompe con esta dicotomía al plantear la impersonalidad del poder, que “no es cierta potencia de la que algunos estarían dotados” (Foucault; 2003:113). La propensión natural a intercambiar, que en la obra de Smith pareciera surgir como hipótesis ad hoc en la construcción de su filosofía de la historia, y que al explicitarse se vuelve susceptible de un encuadre social, y que en la teoría neoclásica es supuesta sin ser fundamentada –y de hecho se convierte en la actividad principal de todo individuo- ciertamente sería rechazada en un autor como Foucault, en tanto difícilmente pueda aceptar que hay en los hombres comportamientos naturales. En todo caso, el análisis foucaultiano se valdría de dos métodos superpuestos: la indagación histórica sobre la construcción del discurso que pretender construir verdades que naturalizan al mercado y la construcción de una historia genealógica de la actividad económica que permita dilucidar en qué medida, aunque tal propensión natural sea necesariamente falsa, puede ella corresponderse con prácticas concretas.

La microeconomía –en tanto espacio de supremacía incuestionable de la teoría neoclásica- define su área de incumbencia como la esfera de los procesos económicos desde la perspectiva individual. En este sentido, la cita que tomáramos anteriormente de Marshall define muy acertadamente su postura: el individuo posee dos fuerzas endógenas, las que le llevan a esforzarse y las que no, y a partir de la interacción de muchos de estos individuos se construye una economía. En términos foucaultianos, los micropoderes serían internos al propio individuo, naturales, congnoscibles y absolutamente escuetos en su dimensión, en tanto su síntesis únicamente pondría en marcha al individuo para que persiga sus fines egoístas. La perspectiva de la microfísica del poder que propone Foucault es mucho más compleja. Si bien podría entender las tendencias que llevan al individuo a esforzarse –o al cuerpo a moverse- en términos de micropoderes, estos no agotan la escena y, sobre todo, no son endógenos y naturales al individuo, sino que surgen de la articulación social de estrategias de poder. Pensar una microfísica del poder económico en clave foucaultiana requiere, necesariamente, desnaturalizar la propensión al intercambio y comprender la multiplicidad de fuerzas pluridireccionales que operan sobre los cuerpos individuales constituyendo los procesos económicos. Sobre todo, requiere reconocer, siguiendo a Deleuze, que “las relaciones de poder no son conocidas”. (Deleuze; 2008:103).

**7. Macropoderes vs. Macroeconomía**

 La incorporación de este acápite en el trabajo tiene dos funciones principales, enmarcadas, al igual que el anterior, en la argumentación acerca del tercer objetivo planteado. La primera de ellas es la extensión de lo expuesto en el apartado anterior al nivel social o agregado, en el que, según Foucault, entran en juego estrategias globales que estructuran las tácticas microfísicas del poder. La segunda, más vinculada a la discusión de los economistas, se propone incorporar un corpus teórico sumamente conflictivo y con múltiples aproximaciones como es el de la macroeconomía. Pues así como la microeconomía ha sido siempre una escena indiscutiblemente neoclásica, la macroeconomía se ha configurado como la arena de las más cruentas batallas teóricas precisamente a partir de la publicación de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de John Maynard Keynes. Introducir la discusión macro, entonces, también implica dar un lugar en este trabajo a voces fundamentales de la teoría económica que, al no ser ni marxistas ni marginalistas, no han sido incorporadas aun.

Para los que estamos acostumbrados a estudiar macroeconomía desde el aprendizaje de modelos matemáticos que configuran determinadas relaciones de causalidad entre variables empíricas nos es particularmente difícil identificar en ella relaciones de poder. En este sentido, consideramos que desde la perspectiva de las estrategias globales construida por Foucault es posible hacer este recorrido.

Sin ir más lejos, lo que está en el centro de la discusión es el rol del Estado, signado y caracterizado por Foucault en *El nacimiento de la biopolítica* en términos de la relación entre razón de Estado y arte de gobernar (Foucault; 2007:19) e incorporada en todas las discusiones de la macroeconomía que hacen referencia a la política económica. En este sentido, podríamos afirmar que el discurso económico-político alude a “todo método de gobierno en condiciones de asegurar la prosperidad de una nación” (Foucault; 2007:30). Esto parece quedar bastante claro en las notas finales de la *Teoría general* de Keynes, donde el autor muestra que su teoría “indica la importancia vital de establecer ciertos controles centrales en asuntos que actualmente se dejan casi por completo en manos de la iniciativa privada” (Keynes; 2005:311). La apertura que realiza Keynes, y que contra su voluntad configurara el ámbito de incumbencia de la macroeconomía, dibuja las líneas que convierten al discurso económico-político en políticas económicas concretas.

El fin de la política económica, que se estiliza en el tablero de control de sintonía fina con que trabajaran los encargados de tal tarea en la Europa del Estado de Bienestar, puede enmarcarse claramente en las determinaciones del discurso económico-político y en las categorías biopolíticas que de él se derivan: se trata de asegurar una normalización de la población estableciendo una distribución aceptable de los riesgos y las desviaciones. Se trata de, al mismo tiempo, minimizar las anomalías y reducir los costos de la intervención –o cómo no gobernar demasiado (Foucault; 2007:29)-. La discusión, por ejemplo, sobre la dirección de causalidad entre ahorro e inversión sobre la cual se han basado las más fuertes controversias entre las escuelas keynesiana y neoclásica tiene un trasfondo político muy claro: la efectividad o no de una política económica que pretenda minimizar el desempleo, reduciendo, en términos biopolíticos, la desviación que significa que haya grandes masas de desocupados. En este sentido, el término *versus* que aparece en el título del acápite no debe ser entendido como oposición teórica entre los dos conceptos, sino más bien en términos del no reconocimiento explícito de la articulación, y, por qué no, en la pretensión de universalidad de la macroeconomía, que no se reconoce a sí misma como inserta en un discurso productor de verdad particular.

Para concluir, podríamos pensar que esta desconexión aparentemente irremediable entre la macroeconomía y la microeconomía, que encuentra canales de conexión tanto en el sometimiento de la primera por la segunda (nueva economía clásica) como en la crítica a la propia idea de separación (post-keynesianos, sraffianos e incluso marxistas), puede encontrar una novedosa forma de resolución en la articulación que esboza Foucault entre estrategias globales y tácticas microfísicas, en un argumento que pretenda articular las relaciones entre los momentos macro y micro sin la necesidad de reducir el debate o negar su pertinencia.

**8. Reflexiones finales**

En este trabajo, escueto y con múltiples énfasis, hemos intentado explorar el campo que se nos abre cuando nos hacemos la pregunta por la posibilidad de incorporar las enseñanzas de la filosofía posmoderna al estudio de la economía política. Como los objetivos del trabajo lo plantean, hemos intentado encontrar espacios en los cuales puede ser desarrollada una articulación entre un determinado tipo de filosofía y una disciplina que permanentemente hace alardes de autonomía como es la economía.

Como mensaje final, nos proponemos arrojar hacia el futuro ciertas líneas de investigación que este trabajo pretende abrir. Se trata, en primer lugar, de profundizar el carácter propositivo y reinterpretar las categorías tradicionales de la economía (inversión, consumo, precios, etc.), no ya mencionando las premisas de la posible teorización sino teorizando. En segundo lugar, se trata de darle lugar a un concepto central en Foucault y Deleuze que en este trabajo no se ha expuesto: la resistencia. En tanto las resistencias constituyen “el otro término de las relaciones de poder” (Foucault; 2003:117), ninguna aproximación posmoderna a la economía política puede darse el lujo de ignorarlas.

Si el post-estructuralismo ha abierto debates en casi todas las ciencias sociales desde los años sesenta y setenta del siglo pasado, la economía como disciplina ha logrado esquivarlos, eludirlos, no verse incomodada por ellos. Entendemos que no será dañino para la economía verse interpelada por estas categorías sino, que, por el contrario, sus argumentos podrían verse enriquecidos.

**9. Bibliografía**

Deleuze, Gilles (1991), “Posdata sobre las sociedades de control” en Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje literario*, Tomo 2, Montevideo: Nordan

Deleuze, Gilles (2008 [1986]), *Foucault*, Buenos Aires: Paidós

Deleuze, Gilles (2009 [1994]), “Deseo y placer” en Foucault, Michel, *El yo minimalista y otras conservaciones*, Buenos Aires: La Marca Editora

Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (2004 [1972]), *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*, Londres: Althone Press

Foucault, Michel (1999 [1983]), “¿Qué es la ilustración?” en Foucault, Michel, “Estética, ética y hermenéutica”, Volumen 3, Barcelona: Paidós

Foucault, Michel (2000 [1976]), *Defender la sociedad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Foucault, Michel (2003 [1976]), *Historia de la sexualidad 1 – La voluntad de saber*, Buenos Aires: Siglo XXI

Foucault, Michel (2006 [1975]), *Vigilar y castigar*, Buenos Aires: Siglo XXI

Foucault, Michel (2007 [1979]), *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Keynes, John Maynard (2005 [1936]), *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Marshall, Alfred (1948 [1890]), *Principios de economía*, Madrid: Aguilar

Marx, Karl (1986 [1857]), *Contribución a la crítica de la economía política*, Buenos Aires: Siglo XXI

Marx, Karl (2002 [1867]), *El capital*, Libro Primero, Buenos Aires: Siglo XXI

Marx, Karl (2004 [1847]), *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires: EDAF

Marx, Karl (2006 [1844]), “La Cuestión Judía” en Marx, Karl, *Escritos de juventud*, Buenos Aires: Antídoto

Marx, Karl y Engels Friedrich (2004 [1848]), *Manifiesto Comunista*, Buenos Aires: Andrómeda

Smith, Adam (2004 [1776], *La riqueza de las naciones*, Madrid: Alianza

von Hayek, Friedrich (1947 [1944]), *Camino de servidumbre*, Madrid: Alianza